

—No está mal—masculla el jefe de la tribu—. Ahora baila.

Pan y Miel comienza á bailar una danza extraña, infantil, inconsciente, pero preciosa y rítmica.

—No hay más que hablar; sube.

Suben al carromato la niña y el perro. Ella oprime la piedra encerrada en la bolsa y dice:

—Tienes que darme una falda de seda bordada en oro.

—¿No quieres más que eso, mi vida?—le pregunta el payaso.

—Nada más.

—Pues toma ese lio y desátalo.

Es un hato de percalina. La niña lo desata con dedos nerviosos y, ¡oh encanto!, dentro hay un faldellín de seda, bordado en oro, como ella pudo imaginarlo en sus ensueños vírgenes.

Toda la tropa ha subido al carro. El que parece el amo sacude un trallazo á la mula y la grita:

—¡Arreal!

Muévese el armatoste. Leal se ha encaramado sobre el timbal. Pan y Miel aprieta su vestidura de princesa sobre su corazón.

SEGUNDA PARTE

I

La signorina Rosina Rossi

Era una vez una señorita tan hermosa, tan linda, que llevaba el sol en la frente, y así no se la podía mirar cara á cara sin quedar deslumbrado. Y, además, cantaba tan bien que ni los pardales en el monte, ni los ruiseñores en el jardín, podían competir con ella cuando abría la boca y dejaba escapar de su garganta de alabastro cascadas de notas limpias y cristalinas que parecían engarzadas en un hilo de voz invisible. Se llamaba Rosina Rossi. Debía ser muy rica, porque todos los empresarios del mundo andaban tras ella para que cantase en su teatro, convencidos de que, en cuanto ella apareciese en el escenario, se llenaría el coliseo y se haría un silencio solemne, y el público sentiría ese frío del entusiasmo que todos sentimos cuando sobre nuestras cabezas agita sus alas el genio y deja caer sobre nuestras frentes el polvo diamantino de la idealidad.

Todas las noches, cuando al acabar la función se adelantaba á saludar al público la señorita Ro-

sina Rossi, caía á sus pies una lluvia de flores y los criados se veían muy apurados para recoger los cestos, guirnaldas y ramilletes que los admiradores de la tiple arrojaban á centenares. Y no creáis que en los ramos había sólo flores, porque muchos llevaban atadas sortijas de diamantes y dijes preciosísimos, y también cartas bien perfumadas en que duques y señorones ofrecían á Rosina su mano, enloquecidos de enamoramiento y pasión.

La célebre cantante, porque ya era célebre á pesar de no contar más que diez y ocho años, no contestaba á las cartas de amor. Y cuando algún enamorado se atrevía á presentarse en su cuarto de artista, salía de allí triste y cabizbajo, porque la escena era siempre la misma:

- Rosina, ¿quieres cantar conmigo?
- No, no; porque desafinarás.
- Rosina, ¿quieres venir conmigo?
- No, no; porque me engañarás.
- Rosina, ¿quieres casarte conmigo?
- Sí; con tal que me traigas tres cosas.
- ¿Cuáles son?
- El pasado, el presente y el porvenir.

Y los pobres enamorados se marchaban con la cabeza baja y muy tristes; porque ¡vaya usted á traer el pasado, el presente y el porvenir á una niña de diez y ocho años!

Uno de los enamorados de Rosina era el príncipe de Klarisbona, terco como él sólo, acostumbrado como estaba á satisfacer todos sus caprichos. El príncipe juró y perjuró que se había de casar con ella y que no había de parar hasta que la voz de la famosa tiple alegrara los jardines de su alcázar. Cuando le pidió el pasado, el presente y el porvenir, se marchó refunfuñando y tirándose de las barbas, que eran rubias como unas candelas.

A los ocho días volvió, creyendo haber resuelto el problema. Traía á Rosina tres regalos. El pasado era una pequeña lira de dulce, el presente un par de pendientes de zafiros y el porvenir una vista de su palacio de Klarisbona. Rosina se puso los pendientes en las orejas, se comió la lira y tiró la fotografía por la ventana. Ladislao, que así se llamaba el príncipe, salió de allí echando venablos y jurando que se vengaría de la hermosa cantante.

No creáis por lo dicho que la niña era insensible á todos los halagos. Uno de sus adoradores era un joven pintor llamado Ricardo, el cual había logrado interesar su corazón hondamente. Era tan bueno y tan agradable, que parecía que llevaba en su cara la luna, porque no se la podía mirar, lo mismo que al astro de la noche, sin sentir una dulce melancolía y algo así como la nostalgia de no sé qué tiernas bienaventuranzas lejanas. Pero el infeliz Ricardo era pobre y Rosina tenía ambición extremada y aun pudiera decir que sin límites. Así, la conversación fué la misma.

- Rosina, ¿quieres cantar conmigo?
- No, no; que desafinarás.
- Rosina, ¿quieres venir conmigo?
- No, no; que me engañarás.
- Rosina, ¿quieres casarte conmigo?
- Sí; con tal que me traigas tres cosas.
- ¿Cuáles son?
- El pasado, el presente y el porvenir.
- Las traeré.

Y Ricardo salió con la frente levantada, como quien sabe que hay una cosa que, desde el principio del mundo, ha sido y es más fuerte que el zapato de la Cenicienta y que la lámpara de Aladino: el amor verdadero.

Niños: amad una vez en la vida, y tendréis el

cetro de nácar, y la corona de marfil, y el manto de armiño que se extiende sobre la majestad de las cosas.

Una noche, en la cual Rosina había recibido del público más aplausos y vitores que nunca, volvió á su cuarto con las manos llenas de flores. Allí estaba Ricardo, que traía en las suyas una pequeña bolsa de seda corinto.

—Aquí traigo lo que me has pedido—dijo á la artista.

Sacó primero de la bolsa un nispero, redondo, amarillo, prieto, como para ser mordido por dientes parejos y juveniles.

—He aquí tu pasado—dijo—, porque tú no te llamas Rosina.

—¿Pues cómo me llamo?

—Pan y Miel.

Pan y Miel comenzó á temblar al ver descubierta lo que ella juzgaba un secreto.

—Sí, eres Pan y Miel—prosiguió Ricardo—. La ambición te hizo huir de casa de tu abuelita, que murió de pesar.

—¿Murió?—preguntó la niña, sintiendo la angustia subir á su garganta.

—Sí—dijo el joven—; murió de dolor y de pena.

La niña rompió á llorar amarga, largamente. El enamorado escuchó sus sollozos, y sólo al cabo de mucho tiempo se atrevió á decir:

—Huiste y te recogió una cuadrilla de saltimbanquis. Tuviste tu falda de seda y oro, pero ¡á costa de cuánto sufrimiento y martirio! Tenías los pies ensangrentados de caminar y de bailar sobre los guijarros. Mil veces, hambrienta, martirizada, deseabas la muerte. Tu perro, fiel y cariñoso, el pobre Leal, viejo y enfermo, era obligado á palos á saltar por el aro y á ponerse en dos patas. Cuan-

do te quedabas sola con él, le decías: «¡Ay, Leal, qué malo es el mundo!» Y el pobre can lanzaba un aullido lastimero, inútil y amarga protesta contra la crueldad de los hombres. Un día se echó para no levantarse. Tú prorrumpiste en llanto y en gritos de desesperación. Pasaste la noche junto á su cuerpo, velándole como se puede velar á un hermano. El payaso te levantó á latigazos de allí.

Pan y miel se cubrió con las manos la frente.

—¡Calla, calla!—gimió.

—No he de amargarte más la felicidad con recuerdos odiosos. Basta que te diga que un día te oyó cantar un desconocido. Aquella noche se presentó al jefe de los saltimbanquis y te cambió por unos cuantos billetes. Aquel hombre era bueno; te llevó á Italia, te dió enseñanza y hoy es tu empresario.

—Me dejó sola—interrumpió Rosina—, pero pagó todo cuanto fué menester.

—En cambio hoy te explota—siguió Ricardo—. No posees sino tus joyas. Todo cuanto ganas pasa á poder suyo. Además, eres desdichada, porque creíste que la gloria era amable y ahora ves que no procura sino amarguras, enconos y bajezas.

—Basta; dame ahora el presente.

Ricardo sacó una piedrecita de la bolsa, y la ofreció á Rosina.

—Aquí tienes—dijo—tu talismán.

Pan y Miel lanzó un grito y rebuscó en su pecho. El talismán no estaba allí; lo había perdido.

—Tranquilízate—dijo Ricardo—. La piedra que buscas es ésta. Te la quitó una rival mientras preparabas tus adornos. Gracias á esta piedra eres célebre, aplaudida, reverenciada; pero no eres feliz.

Pan y Miel suspiró.

—No eres feliz—siguió el joven artista—, porque sientes en derredor tuyo el odio y la rivalidad, porque no hay grandeza sin miserable envidia y sin oculto encono; no eres dichosa, porque la torpe ambición te ciega; no lo eres, porque para serlo no basta en el mundo la voluntad: es menester el amor y el noble sacrificio.

—¡El porvenir!—le interrumpió Rosina impaciente.

—El porvenir—dijo melancólicamente el joven— es una flor marchita. De ti depende el que conserve ó no su encanto y su aroma.

—Has cumplido mi encargo—dijo nerviosamente la diva, poniéndose en pie—. Pero te exijo una cosa, la última.

—Díla.

—Quiero una abnegación, un sacrificio, algo que eclipse los diamantes que haya en la corona de un príncipe.

Palideció Ricardo; pero de pronto se puso en pie, y extendiendo las manos dijo, como quien formula un juramento solemne:

—Haré lo que pides.

Salió con paso firme, decidido. Pan y Miel permaneció pensativa, y después se enjugó con su pañuelo de encaje los párpados.

Un empleado del teatro entró con paso precipitado en el *camerino*.

—Señorita—dijo—, ¡que el público espera!

Rosina echó á andar lentamente por el largo pasillo, por donde ambulaban carpinteros y servidores en desordenado trajín.

A lo lejos se oía el rumor del público impaciente, que rugía como una fiera encadenada.

II

El vals de «Dinorah»

¿No habéis visto *Dinorah*? Es una obra sencilla, ingenua, tal vez inverosímil; pero sentida, tierna, perfumada con el aroma de las cándidas leyendas campestres.

Dinorah es abandonada por su novio el mismo día en que va á casarse. Enloquece, y vestida con las galas de desposada huye al monte, en donde su extravío tórnase melancólico. Una cabra blanca la sigue más fiel que su amante. A lo mejor la pierde de vista, y Dinorah la llama, confundiendo su cariño al animal sumiso con el instinto maternal. Creyendo tenerla en sus brazos, la mece.

*¡Si carina
dormi in pace,
caprettina
gentilina;
tutto tace
puoi dormir!...*

Pero Hoel, el amante ingrato, se arrepiente. Ordena que se vista de desposada á la loca y la lleva al altar. Todo parece recordar el día nefasto. El sol dora las cumbres y las selvas, en que estallan los brotes; como entonces, un coro invisible entona una plegaria. Dinorah, embelesada, cae de rodillas; sus antiguas amigas la rodean, y ella

las llama por sus nombres; parece despertar; despierta al fin. ¿No es aquel el día de su boda? Si; el abandono ha sido un sueño. Se oye una campana que toca el *Ave María*. Hoel y Dinorah se abrazan, y la procesión aparece, dirigiéndose al valle al compás de la vieja plegaria:

*¡Santa María,
oh, madre pia,
nostra dona del perdono,
benedici il nostro cor!*

¿No es verdad que es hermoso, amigos míos? ¿No es cierto que esa leyenda de abandono, amor y perdón, hace asomar á los ojos las lágrimas? Bueno; pues no lo digáis á nadie, porque van á reirse de nosotros.

¡Qué bonito lucía el teatro! Si yo fuera crítico de espectáculos os diría, poniéndome muy serio, que estaba *como en las grandes solemnidades*. Pero no, al contrario; estaba como cuando la solemnidad se la lleva el diantre, para dar lugar al entusiasmo y á la alegría.

Al comenzar el acto segundo, la sala quedó á oscuras y se eclipsaron, por consiguiente, las galas de las espectadoras, cubiertas de encajes y de pedrerías. Una vaga claridad, como la de la luna, iluminaba débilmente la escena. Un joven cabrero pregunta á los leñadores si han visto á Dinorah, pero el público no hace caso; parece distraído. Está impaciente por oír á Rosina. No se hace esperar. Aparece pálida, tendido el cabello; un rayo de luna proyecta la sombra á sus pies. Es la escena en que la *diva* eminente alcanza siempre uno de sus más ruidosos y legítimos triunfos.

Pero, ¿qué ocurre? Rosina vacila y parece buscar con ansia algo que no encuentra en su seno.

Titubea. Por dos veces el director da la entrada con su batuta. Un rumor inquietante se alza en las filas de butacas.

Rosina comienza el vals inspirado:

*Ombra leggera
non te n'andar
non t'involar... no... no...*

¿Qué sucede? Rosina duda, se turba, roza las notas, se retarda; el público, estupefacto, espera; luego rompe en airado murmullo.

Sudorosa, febril, la *diva* pretende atacar una nota aguda, y su voz se extingue. Entonces, de un palco parte un agudo, un aterrador silbido...

Rosina vacila y cae desmayada.

Baja el telón, se produce un inmenso desorden. Un joven, lívido, se acerca á la platea en que sonríe el príncipe Ladislao, y le increpa con estas balbucientes palabras:

—¡Señor mío: lo que usted ha hecho es impropio de un caballero!

III

Royal Express

«Signorina: Estoy ligeramente herido en el antebrazo por uno de vuestros adoradores impetuosos. Una guardia algo menos cerrada, hubiera dado un serio disgusto á mis súbditos de Klarisbona. Te-

néis valientes defensores, lo cual no impide que hayáis perdido definitivamente la voz.

»No contaréis, seguramente, para recobrarla, con vuestro talismán. Está en mi poder, y es un presente que reservo á la futura princesa Ladislao. Vuestra conversación indiscreta con mi antagonista, escuchada por mí de cerca, me proporcionó la feliz coyuntura de percatarme de su valor y de la alta estima en que le tiene Pan y Miel. Vuestra precipitación al salir del *boudoir*, hizo que abandonáseis vuestro tesoro sobre el sortijero y que yo tuviera ocasión de apoderarme de tan estimada presea, sin temor á ser acusado de hurto, por su escaso valor material.

»Confieso que no creo mucho en los talismanes, pero esta inocente piedrecilla se llama sugestión. Desengañaos: no será posible volver á cantar, á no ser que os decidáis á hacerlo en los jardines de mi palacio, pródigos en fuentes maravillosas medicinales.

»Por última vez os ofrezco mi mano. Acaso no es tan hábil como la del joven pintor; pero es más reposada y segura, y tiene el don de ahuyentar la miseria.

»Hasta mañana, á las tres, espero en mi hotel respuesta á esta pregunta: ¿Aceptáis, ó no, mi proposición?

»Rendido á vuestros pies,

»LADISLAO GUSTAVO.»

«Excelencia: acepto.

»ROSINA ROSSI.»

IV

El arca de bronce

Ricardo fué á visitar á Rosita.

La encontró en su habitación del hotel muy pensativa, muy pálida, muy compungida, como una virgencita de cera.

—He vendido un cuadro, Rosina—le dijo—. ¿Qué quieres que te compre?

—¿Cuánto has cobrado por él?

—Mil pesetas.

—¡Hola, hola!

—¿Quieres que te compre una esmeralda muy grande, muy limpia, que tenga el reflejo de tus ojos y la limpidez de las aguas del mar?

—¡Tengo ya tantas esmeraldas!...

Ricardo se puso pensativo.

—¿Quieres que te compre un vestido de seda, que cruja al andar y se ciña á tu cuerpo como una caricia?

—No sé dónde poner tantos vestidos.

—Entonces, te compraré muchas flores; camelias niveas como tu frente, y rosas encendidas como tus labios. Claveles purpurinos como tu boca, ó alabastrinos cual tu garganta. Rosas injertas y de té, nardos aromatizados, dondiegos, madreselvas, heliotropos, narcisos..., un tesoro de cálices y de pétalos, para que tu aliento embriagador los perfume.

Esta vez fué Rosina la que permaneció cabizbaja.

—No—dijo después de una pausa—. No quiero sino un manojo de lirios silvestres.

—Los lirios son flores muy tristes y florecen en los camposantos—dijo Ricardo.

—Mejor—dijo Rosina—. Así me acordaré de los muertos y de los vivos.

Hubo un largo silencio.

—Ricardo—preguntó súbitamente Rosina—. ¿En dónde está la felicidad?

—En el amor—contestó sin vacilar el joven—. Yo no comprendo la dicha sino queriéndote mucho y siendo correspondido por ti.

Rosina movió la cabeza en ademán negativo.

—No; no basta quererse. Hay muchas cosas más en el mundo.

—Pero, como todas no pueden ser para uno...

—Y ¿por qué no habían de ser?

—Ese ha sido el orgullo de Satanás. Y ya ves: condenado á no querer..., á lo más terrible...

—Mira, Ricardo—interrumpió la niña ambiciosa—. Yo creí una vez que sería feliz con un traje de seda y oro. Lo tuve y sentí un atroz desengaño. Aquello era muy poco. Luego quise la juventud, y la alcancé; deseé la belleza, y tampoco me satisfizo todo esto. Quise vivir con lujo, conquistar nombre y fama, ser admirada por las muchedumbres, y he visto que la gloria también se marchita.

—No has pensado en el amor que es eterno...

—Eterno... No, Ricardo; no puede ser eterno. Pronto sobreviene el hastío, el cansancio...

Ricardo la miró con dureza.

—Te compadezco—exclamó—. No tienes entrañas.

—He visto—siguió sin hacerle caso Pan y Miel—

que hay un talismán que todo lo alcanza. Se llama Voluntad.

—¿No has sido dueña de él?

—Lo he sido; pero ese talismán, que hace dueño de todo á quien lo posee, no basta á conseguir contener el afán de algo nuevo, la eterna codicia, el ansia inextinguible de cosas desconocidas y remotas...

—También siento yo la ambición—afirmó el artista—ambición legítima y noble de cosas admirables y santas. Pero no siento tu desdén á lo que una vez he conseguido alcanzar. ¿Qué es lo que deseas ahora? Vamos á ver.

—Yo quiero, ante todo, ser soberana. Ver cómo á mi paso se descubren las frentes; ser dueña de vidas y haciendas; poder, con un gesto, obligar á prorrumpir en aclamaciones ó hacer verter lágrimas...

El joven la contempló asustado.

—Ese poder sólo lo tienen los reyes y los dioses—dijo.

—Pues bien; quiero tenerlo—dijo imperiosamente Rosina. Y pienso más: pienso que me obedezca la muerte misma.

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando un olor desagradable comenzó á esparcirse por la habitación.

—Algo se quema—dijo poniéndose en pie Ricardo.

Llegóse á la puerta y la abrió. Pero una enorme columna de humo denso, negro, asfixiante, le hizo retroceder.

—¡Fuego! ¡Hay fuego!—gritó Rosina.

—No temas; ven—exclamó el pintor, decidido.

No estaba realmente asustada Rosina. Recobró su impassibilidad. Empapó un pañuelo en la palan-

gana, tapóse la boca con él, asióse del brazo de Ricardo, y con la más pasmosa serenidad se lanzó, primero á la galería y luego á la escalera.

El descenso fué harto difícil. Ardía un cuerpo del edificio, y las llamas cortaban el paso á los fugitivos. Más de una vez creyeron caer desvanecidos; á no haberse prestado auxilio mutuo, la salida hubiera sido imposible.

Por fin, en un supremo arranque cruzaron el vestíbulo, convertido en hoguera, y pudieron respirar con ansia el aire libre.

Sus trajes estaban chamuscados; pero ambos habían conseguido ponerse en salvo sin sufrir la más leve quemadura.

Pero una vez en la calle, Rosina prorrumpió en una exclamación:

—¡Mis joyas!—gritó.

—¿Dónde están?—preguntó Ricardo.

—Sobre la *etagère*, en su arquilla... entrando á la izquierda...

No necesitó oír más el amante pintor. Lanzóse de nuevo al vestíbulo. Rosina no pensó en detenerle.

Un grito de horror se alzó en la muchedumbre.

—¿Adónde va? ¡Está loco!

—¡Corre hacia una muerte segura!

Pasaron dos minutos de angustia. De pronto se abrió la vidriera de un balcón en el primer piso y apareció en él el pintor, negro, jadeante, con una arquilla de bronce en la mano.

—¡Una manta!—gritó.

Cuatro hombres sostuvieron un pedazo de toldo y la arquilla cayó pesadamente en el centro.

Rosina se arrojó sobre su tesoro con la febril ansiedad de un avaro.

Desapareció del balcón la figura, y pasaron dos, tres, seis, diez mortales minutos.

El silencio en la plaza era solemne.

—¡Ya no sale!—articuló una voz de mujer.

Pasó otro minuto, otros dos, otros cuatro...

Rosina puso la diestra sobre su corazón... No latía.

Un ruido ensordecedor, de derrumbamiento espantoso, se alzó en medio del griterío. Toda la fachada se desplomó, y una inmensa llamarada gigante subió al cielo arrojando á las nubes un candente ramillete de chispas.

El edificio no era ya sino una voraz y abrasada hoguera.

Pan y Miel sintió que todo daba vueltas en torno suyo; comprendió que iba á caer, y cerró los ojos.

Una mano firme y segura la sostuvo.

Alzó los párpados y vió á su lado, tranquilo y sonriente, al príncipe Ladislao Gustavo.

.